

Mónica Vul Galperín

Semblanza de la Prof. Msc. Mónica Vul Galperín

en ocasión de su jubilación por el Dr. Camilo Retana

Viernes 6 de diciembre de 2024

Les propongo comenzar por aquí: con una muchachita que, a mediados del 78, arriba, seguramente asustada, seguramente triste, a un país ignoto. La muchacha lleva a cuestas no solo la nostalgia de una patria perdida, sino también las huellas de una violencia precoz: amigos perseguidos, compañeros que un momento antes reían tibios a su lado y que súbitamente no están más, cuerpos que de seguro se le anudan en el pecho o se le agolpan en mitad de la garganta. Las circunstancias, pues, la llevan a comenzar de nuevo. Es 1980 y ya ha terminado la carrera de psicología en la Universidad de Costa Rica, en la que pronto comienza a trabajar. En el 84, probablemente ya una mujer, renuncia a dejar atrás la estela de sus muertos y se marcha a trabajar con población víctima de tortura. Vuelve en el 2004 y funda una comisión interinstitucional, hoy Programa en Violencia y Sociedad, en donde persiste a lo largo de veinte años en la difícil tarea de descifrar la violencia, sabedora de que esta, como aquella vieja esfinge que asolaba Tebas, nos lanza hoy a nosotros, como ayer a Edipo, ese reto terrible: “Descíframe o te devoro”.

Esa mujer, claro está, es Mónica Vul Galerín. Lo asombroso de estos trazos biográficos no reside únicamente en la capacidad de su protagonista para reponerse al terror. Flaco favor haríamos en despedir a Mónica dibujando su paso por la Universidad simplemente como el paso de alguien que se limitó a remontar cosas terribles, cosas difíciles. No estamos frente a una vida que pueda reducirse a un ejemplo de resiliencia, esa palabra horrenda que hoy está en boca de todo el mundo. La historia de Mónica, creo yo, no es simplemente la de una víctima o una sobreviviente, sino la de una mujer que ha sabido hacer de la alegría su forma personal de militancia. Hagan la siguiente prueba: cierren

los ojos y piensen en Mónica; si les ocurre como a mí, verán una miríada de estampas en las que Mónica ríe de algo. Su alegría, vale decir, es contagiosa y es radicalmente política: Mónica ha hecho suyo aquel viejo aserto de Deleuze según el cual “el tirano necesita para triunfar de la tristeza de espíritu, de igual modo que los ánimos tristes necesitan de un tirano para propagarse y satisfacerse”. Frente a las solemnidades propias de las violencias tiranas, pienso, Mónica optó por el camino de la risa y los placeres.

Decididamente alejada de las vanidades académicas y de esas feroces competencias universitarias por el prestigio que actualmente penetran en casi todo, hoy la UCR despide a alguien que ha hecho de la convivencia y el pensar en comunidad una forma de habitar las aulas y los pasillos. Me gusta pensar en Mónica como uno de esos jugadores de fútbol que, en lugar de empeñarse en anotar los goles, disfruta de hacer los pases para participar a todo el mundo del juego. En sus luchas por habitar el mundo colectivamente, Mónica encontró además una forma prodigiosa de no arrodillarse nunca. Cuando topó con gente incapaz de entender lo que hacía, optó por agenciarse cómplices; cuando encontró reparos torvos e impugnaciones miopes se dedicó a prodigar afectos y a hacer que florecieran cosas.

Durante este tiempo, Mónica ha sido también mamá, abuela, amiga, psicoanalista y profe. En todas esas facetas su norte ha sido siempre la misma combinación improbable de agudeza y ternura. Pocas personas de esta universidad alcanzan para mí su inteligencia viva: su capacidad para entremezclar categorías con modos de sentir, para amalgamar un modo teórico de ver con una sensibilidad y un auténtico afán de justicia. Cada vez que escuché el apalabrar de Mónica en contextos universitarios tuve la sensación de ser modificado: de saberme desplazado a un lugar imprevisto, alejado no solo de cierto sentido común progresista universitario, sino también de los clichés propios de los teorizadores profesionales. En sus clases, ponencias y presentaciones, Mónica dejó siempre a su paso brotes, pistas y provocaciones que quiero pensar que estaremos a la altura de seguir.

Su impronta, por lo tanto, es también de naturaleza epistémica. Moni, en efecto, nunca se aferró teóricamente a dogmatismos de ninguna clase. Incómoda para la ortodoxia psicoanalítica tanto como para la ortodoxia marxista y feminista (por no hablar de las ortodoxias positivistas), estamos al frente de una académica que buscó siempre una forma propia de ver. Si como escribió Natalia Ginzburg “la vejez consiste en quedarse humillado en un rincón llorando el desmoronamiento del pasado”, hoy cierra un ciclo una de nuestras investigadoras más jóvenes. Lo suyo, como ella misma gusta decir, es habitar el entre. De ahí la fecunda heterogeneidad de sus referentes: Freud, Lacan, Foucault, Agamben, Vinciane Despret, la teoría crítica latinoamericana y la literatura desfilaron por igual en sus investigaciones sin necias filiaciones ni saludos a la bandera. Vuelvo a decirlo: Moni se negó a plegarse a cualquier amo; su práctica engloba no solo la emancipación política, sino también la personal, la académica y la profesional. En mi opinión, el Instituto tendría que encontrar la manera de no desmerecer su marca, de prolongar el influjo de su testimonio y de su singular modo de mirar las cosas.

Termino con esto: personalmente la partida de Mónica me deja un gran vacío. Moni es para mí mucho más que una colega: es una amiga y una cómplice. Estoy seguro que, estas palabras no hacen justicia a su paso de casi 25 años por esta universidad. Pero visto el asunto de otro modo, hoy es también una tarde para celebrar el raro prodigio de haber tenido estos años entre nosotros a esta mujer dulce y tierna, a esta mujer atolondrada y ocurrente y rabiosamente enamorada de la vida. Brindo, Mónica, por la revolución más victoriosa que libraste: la invencible revolución de la alegría.